

Y un día, todo cambió

Aida Johanna Figueroa Blanco¹⁹

Ocurrió de un día para otro. No volvimos a salir de casa. A mi hermano y a mí, al principio, nos pareció divertido, porque serían como unas vacaciones alucinantes, fantásticas, increíbles. Dejamos de ir al colegio; nos despertábamos tarde y andábamos todo el día en pijama. La primera semana fue sensacional; pero, hacia el final de la segunda, ya se empezaba a sentir tedio, no teníamos nada que hacer. Nos aburríamos. Nuestros padres estaban como si nada, ni se inmutaban por esta nueva contingencia.

Así que, un día, movidos por el desespero, decidimos citar a nuestros padres en el sillón de la sala para enfrentarlos y decirles que nuestro aburrimiento era tal que, con o sin su permiso, saldríamos a dar una vuelta. ¡Estábamos desesperados!

Mamá y papá, con la tranquilidad de una tortuga, nos explicaron que, debido a nuestro ins-

¹⁹ Abogada de la Universidad Santo Tomás, Especialista en Derechos de los niños de la Universidad Sergio Arboleda. Maestra en Derechos Humanos de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. ajfigueroa@jdc.edu.co

tinto, debíamos hibernar cada año durante 6 meses, de lo contrario moriríamos con el crudo invierno que hacía afuera. Así, a mi hermano y a mí, no nos fue difícil entender que, en las familias de la naturaleza, como las de los osos, ardillas, lombrices, lagartos, murciélagos, marmotas, erizos, lirones y hámsteres, el aislamiento (o, mejor, la hibernación) es un método de supervivencia, pues de otro modo el frío intenso y la falta de comida acabarían con las especies, por eso se obedece sin desánimo; es algo que pertenece al instinto.



Ilustración por Javier Figueroa